



CECILIA GARCÍA HUIDOBRO
Tics de los Chilenos
Santiago de Chile: Catalonia, 2008

por José Ignacio Silva Anguita
Universidad Diego Portales
jisa@vtr.net

Una rápida definición de diccionario del término «tic» nos señala que éste es un movimiento involuntario, que ocurre sin motivo aparente, involucrando a ciertos grupos musculares, que se contraen sin querer. Pues bien, ese ha sido el pie forzado a partir del cual la periodista, académica y magíster en literatura Cecilia García Huidobro se embarca en el siempre espinoso deporte del análisis de lo chileno, de cómo se habla acá, de lo que se dice en la calle, y otras costumbres locales, tal vez intentando ser un epígono de Coco Legrand, quien desde la tarima del escenario es viejísimo zorro en las lides del escrutinio a lo criollo, un crack del deporte nacional del autoexamen en clave humorística.

Una muestra más de esa irrenunciable costumbre es el libro *Tics de los chilenos. Vicios y virtudes nacionales según nuestros grandes cronistas*, relanzamiento de esta obra de Cecilia García-Huidobro, que publicó originalmente en 1998 la editorial Sudamericana y que diez años después vuelve a circular, corregida y aumentada, de la mano de la editorial Catalonia. Teniendo en cuenta que se lanzaron con solo meses de diferencia, este libro quizás se alza como el reverso literario y políticamente correcto de «Siútico» (2008), el prodigioso trabajo del periodista Óscar Contardo, y que dejó la vara bastante alta en lo que se refiere a exploración y análisis concienzudo de lo peor de lo nuestro.

Desde ya recalquemos que el ejercicio de la autoexaminación es siempre bienvenido, porque siempre hay que estar alerta cuando se trata de nuestras zonas erróneas. Al mismo tiempo, esta gimnasia introspectiva y revisionista no es nada nuevo y se ejerce a todo nivel, y con una pantagruélica cantidad de diagnósticos y opiniones (basta parar oreja en

las micros), todas ellas muy discutibles, y derechamente equívocas en su mayoría. Esto puesto que acotar las medidas de lo nacional es una empresa titánica por decir lo menos, y los lugares desde los que se opina son tantos como chilenos pisan la faz del planeta. Y tengamos en cuenta también que el autoestudio es patrimonio de todos los pueblos, en todos lados se cuecen las habas espejeantes de la conciencia propia, del lavado en casa de los trapos mugrientos. El intentar responder la eterna interrogante del «cómo somos» es y será siempre una necesidad humana, en la que se puede caer fácilmente en la hiperventilación y la paranoia de ver tics, deslices y trizaduras hasta en la sopa. Volviendo a la antedicha comparación con la obra de Óscar Contardo, hay distancias insalvables entre ese libro y éste, puesto que García Huidobro plantea el juego de espejos de forma bien amable y edulcorada, dejando que sean terceros los que analicen mediante el expediente de la crónica, ciertos atavismos que no dejan de generar curiosidad o extrañeza ante la repetición, resaltando acá más la importancia de cuestiones de estilo o literatura; mientras que el libro de Contardo es ni más ni menos que un hundimiento hasta los codos en la inmundicia de una sociedad con vergonzosos prejuicios y espantosas brechas sociales, que jalonan los mecanismos y dinámicas más oscuros y permanentes de nuestra sociedad, y, para peor, en franco aumento en el festivo año del Bicentenario.

Digresiones hechas, entremos de lleno a lo que importa, al libro de Cecilia García-Huidobro (que para su gran detrimento, posee una de las portadas más feas y deslucidas que se han puesto en circulación en los últimos años), pensadora de amplias credenciales, premiada editora por años de la Revista de Libros del diario El Mercurio, y que por estos días tiene firmemente agarrado el timón de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales. García-Huidobro intenta abordar una empresa de suyo peliaguda, pero sortea el obstáculo recurriendo a terceros, echando mano a las crónicas de consagradas plumas nacionales como Joaquín Edwards Bello, Gabriela Mistral, Luis Oyarzún, Vicente Huidobro, Eduardo Anguita, Jorge Edwards y Roberto Merino, entre otros, conformando un cuadro variopinto, cronológicamente extenso y bien seleccionado en su gran mayoría, en donde se hace examen de una variedad de tics, razonables e identificables por parte del ciudadano de hoy los más nuevos, mientras que los más antiguos, catastrados por los escritores más señeros, testigos directos de aquellas taras vernáculas, son más bien añejas fotografías de museo, antes que instantáneas frescas, apelando más a lo arqueológico que al puntilloso análisis de actualidad. Hasta ahí todo bien, sobre todo cuando la crónica chilena demuestra, hoy por hoy, una calidad que da gusto. Sin embargo, al poco andar, hay algunas cuestiones que merecen comentario. La primera es que vemos una sobrepoblación de notas a pie de página (una de ellas ocupa casi la mitad de un folio) que harían mucho menos ruido en un *paper* académico, lo que es algo contradictorio en un libro que, según se advierte previamente al lector, «no aspira a ser exhaustivo ni completo». Las notas podrían —y debieran, para mantener la consonancia con el tenor liviano al que aspira el libro— borrarse, sin perjuicio alguno para el libro, sino todo lo contrario.

Es al interior de las crónicas donde reside el gran «pero» de este libro. Para ilustrar este punto, una situación práctica. A casi todos nos gusta ir al cine a ver una buena película, nos gusta instalarnos en la oscuridad y establecer un mágico diálogo con las imágenes proyectadas en la pantalla grande, con la menor cantidad de interrupciones que sea posible; pero de repente quien tenemos al lado se pone a comentar la película, a cuchichear e instalar un fastidioso zumbido cuando lo que debiera imperar en la sala

es el silencio en el respetable. La escena no es ideal, sino más bien, algo molesta. Algo por el estilo sucede en más de un pasaje de este libro con la maniobra que hace García-Huidobro al introducir sus frases y comentarios en cursiva en medio de las crónicas. Y donde este no muy agradable ejercicio se nota particularmente disonante es en el apartado de Pedro Lemebel, con largueza el mejor cronista que está en actividad hoy en Chile y quizás en la lengua castellana. El estilo de Lemebel es inconfundible e irrefutable, tiene como signatura una desmesura coral tan bien articulada e hilada que rompe los moldes estilísticos y sobresale de los marcos genéricos sin chirriar nunca. Intervenir tal *performance*, osar terciar en ese despliegue fenomenal y rítmico del idioma es, a todas luces, un *faux pas* comparable a entrometerse en un antipoema parriano. El cortocircuito y la voladura de fusibles son inevitables. Porque Lemebel hay uno solo, y cuando habla hay que guardar silencio y escuchar, como cuando hablan los grandes.

Recurriendo al argot de los relatores de fútbol, Cecilia García-Huidobro debió haberse comportado más como los árbitros que dirigen bien los partidos, esto es, que pasan totalmente inadvertidos, casi de incógnito en la cancha, pero sin que se les arranque la brega en ningún momento, con una presencia ausente, y en lo fundamental ordenadora. Esta pugna polifónica por el protagonismo al interior de la obra, este gallito conversacional contrahecho entre la responsable del conjunto y los cronistas reunidos es prescindible (a modo de ejemplo, en el apartado dedicado al escrito de Enrique Lafourcade, la crónica había terminado, sin embargo Cecilia García-Huidobro se quedó con la última palabra), y pudo zanjarse de más de alguna forma, como reemplazar las citas por subtítulos (entendiendo que el propósito de las primeras era enriquecer los escritos, sin alterar su continuidad) y, si era absolutamente imperioso incluirse en el volumen, ampliar las notas introductorias y el prólogo, para que la autora opinase a sus anchas, pero en un lugar menos invasivo.

Con todo, *Tics de los chilenos* no deja de ser un libro sugestivo y animado, esto porque una antología de crónicas escritas por autores que tienen trayectoria y un peso específico bien definido es, hoy por hoy, casi lo mismo que plata en el banco. En este sentido, la temática del libro puede pasar a un plano inferior, puesto que están reunidos en un solo volumen casi todos los escritores que marcaron el siglo XX literario en Chile, y a los que más encima se suman los que están llamando la atención en la centuria que comienza. Así, cabe destacar un segundo propósito, más obvio y simple, que también puede haber albergado la autora en sus propósitos: el conformar, sin más, una antología de crónicas de los mejores expositores chilenos del género, relegando al escrutinio de nuestras costumbres al estatus del mero decorado. Con este panorama (que se conforma como una sandía calada), la autora descansa en el conjunto, que, por cierto, está muy bien escrito por los autores incluidos, quienes aunque tratan un tema que es más viejo que un cerro, será siempre pasto tierno para observadores bueyes futuros que, masticando libros como éste, rumiarán sobre lo que somos o lo que no somos, lo que decimos o callamos, lo que creemos y lo que descreemos, sobre el eufemismo y el fariseo; en resumen, se rumiará por siempre ese gran tic llamado chilenidad.

Recepción: 11 de marzo de 2010

Aceptación: 2 de abril de 2010